

LA GENERACIÓN DEL CAMBIO

José Manuel Mayordomo

Vivimos en un mundo que cambia constantemente. Hace no tanto los cambios eran más pausados, y más antiguamente las generaciones vivían prácticamente igual; padres, hijos y nietos apenas variaban su modo de vida, el modo de vestir, pensar, de ganarse la vida.

Hoy esto es impensable, la vorágine de cambios nos desborda y es que los vínculos que unían a generaciones se ha ido debilitando con el paso del tiempo, y en cambio, la brecha generacional se ha ido agrandando; es más, ya no sólo pasa que los hijos tengan unas ideas y formas de entender la vida diferentes a las de sus padres, sino que una simple diferencia de 10 ó 20 años hace que esta diferencia generacional sea casi insalvable: dos mundos diferentes. ¿Qué ha pasado?, pues sencillamente que una serie de cambios primero económicos y luego políticos y sociales, han modificado totalmente los valores sociales y, por ende, la vida cotidiana de las personas.

Este cambio se ha dado en toda Europa, pero en España es tal vez más fácil de observar, pues ocurrió en un periodo aún más corto, ya que participamos de las primeras fases de desarrollo industrial que vivieron otros países como Francia e Inglaterra. La historia de España a lo largo de los siglos XIX y XX tuvo pocos momentos de calma que posibilitasen un desarrollo económico sostenido y que fuese capaz de mejorar las condiciones de la población y cambiar el modo de vida que seguía siendo básicamente campesino. Para empeorar la situación, la Guerra Civil dejó al país arruinado y con la posterior Dictadura se entró en una especie de estado de letargo. Parecía que las generaciones retrocedían, que vivían peor los hijos que los padres: así fueron los años 40 y 50. En estos tiempos, la gente, trabajando de sol a sol apenas conseguía sacar la comida diaria; y algunos ni eso.

A menudo se considera que el gran cambio generacional en España, al igual que en otras partes del mundo, vino con esa generación digamos «Hippy», que se dejó el pelo largo, cambió los valores morales, empezó a dar más importancia a la libertad individual y a su propia realización personal, «liberándose» de lo que se entendía una sumisión a la familia, a la autoridad paternal e incluso al Estado y la sociedad. Esta generación sería la de los jóvenes de entrados los 60, más o menos la generación nacida en los años 50. Esta ha sido una visión repetida muchas veces por los periodistas y la televisión. Es la típica imagen que hemos visto en las películas, del conflicto entre padres que no entienden que sus hijos vistan de manera estrafalaria y se dejen el pelo largo e hijos «modernos» que quieren cambiar el mundo que les toca vivir porque lo ven muy aburrido y estrecho.

Yo, sin embargo, considero que fue la generación anterior la que efectuó el mayor cambio. Esta generación sería la nacida en los años anteriores a la Guerra Civil, es decir, al menos quince años antes de la otra. Y, ¿por qué considero que fue esta la que experimentó un mayor cambio?, pues por una razón evidente, la generación nacida en los 50 cambió totalmente en sus modos de pensar, vestirse e incluso culturalmente, pues fue la primera vez que los trabajadores pudieron acceder a la educación en una proporción elevada; cosa que no pasó con anteriores generaciones, pero, por el contrario, su modo de vida no cambió sustancialmente. Vivieron en un mundo que podríamos llamar «moderno», o que empezaba a serlo, con televisión, coches, escuela y sanidad públicos. Sus trabajos y modos de ganarse la vida no tenían nada que ver con lo que había vivido, al menos en su juventud, la generación de antes de la guerra.

Por el contrario, la generación nacida en los años 30 y principios de los 40 conoció un modo de vida que en poco se diferenciaba de la vivida por sus abuelos, y la de estos poco se diferenciaba de la de sus tatarabuelos; esto es, una época en la que no se habían inventado ni vehículos a motor ni medios de comunicación tales como teléfono o televisor. Por lo tanto, llegaron a vivir más o menos como sus antepasados de hace doscientos, trescientos o quien sabe cuantos años atrás. En concreto, en nuestro pueblo y comarca este modo de vida se centraba en la ganadería trashumante: los rebaños y los pastores subían y bajaban según el ritmo de las estaciones y a pie. En cuanto al trabajo agrícola, tampoco había cambiado en demasía; se labraba con la yunta de mulas. Si acaso hubo un pequeño cambio en esto, puesto que antiguamente era corriente labrar con bueyes y eso sí que desapareció. Y muy tardíamente aparecieron aparatos agrícolas como la máquina de aventar e incluso el carro, pero para desaparecer en muy pocos decenios por el abandono absoluto del campo. En lo demás igual.

Hay una serie de detalles que me parece interesante resaltar para ver el grado de atraso que se padecía, particularmente en nuestra Sierra, y no acierto a encontrar una explicación de por qué, pues las cosas a que

hago referencia eran conocidas por todos. Ejemplos. Por extraño que parezca, en este mundo de pastores no se usaba el perro pastor, el «careca»; esto ocasionaba un gran trabajo a los pastores. En cuanto a la ropa de los pastores y demás gente que vivía en el campo, ni usaban guantes, ni gorros de lana, ni llevaban buenos chaquetones de piel de oveja, siendo estas prendas de fácil confección. En cuanto a ir con «albarcas» con medio metro de nieve y empapados los pies, con la lluvia, es algo que asombra pero que era real, como lo era que en el camino a Andalucía, en la cañada se vivía a la pura intemperie, sin una mala tienda de campaña en la que cobijarse cuando llovía torrencialmente y al día siguiente había que levantarse empapado y con escarcha. ¡Cuántos pastores enfermaron y algunos hasta murieron por pulmonía! El carro, conocido en la humanidad desde hace más de 5.000 años, ni se usaba. Los mulos acarrearán los haces, viaje tras viaje, desde la sierra hasta el pueblo, en jornadas agotadoras para transportar unos pocos cada día. Como me dijo un día mi tío Joaquín, *«vivíamos como esos pueblos primitivos que aparecen en los documentales, y que hoy nos parecen cosas de un pasado remoto»*. Las historias que me contaba mi padre, que guardaba ovejas con nueve años, *«apenas sobresalía un palmo entre las ovejas»*, me dijo alguna vez mi abuela; o las de mi abuelo Tomás, que bajo a Andalucía con doce años; o la del niño Patrocinio, que fue con su padre andando a Molina de Aragón con apenas seis o siete años y les sorprendió una tormenta y casi se congela; la lucha de su padre por hacer que se caminase, pues sino el frío acabaría con él; la angustia de su madre que había salido a la Veguilla a esperarlo, lo vio avanzando a trompicones, y temió que el hijo se le iba, me parecían historias sacadas de relatos mitológicos, me fascinaban, pero era una vida que no entendía, pues no la había vivido en absoluto.

Hay una experiencia que ilustra muy bien a esta generación, los cambios a los que se enfrentó y que fue capaz de superar. Con escasos siete años Cirilo Sanz se quedó huérfano de madre, su padre y hermanos decidieron que no había más remedio que llevárselo con ellos a Andalucía en la trashumancia ¡con quién si iba a quedar!, y así emprendió un viaje, una parte de él a pie, y durmió a la intemperie en el monte con su padre y hermanos, como un cervatillo; el monte fue para él su hogar, escuela y lugar de juegos. Dura vida para un niño, sin las caricias y cuidados de una madre. Me decía Cirilo con ese tono tranquilo y dulce que siempre tuvo: *«No ha habido otro caso como el mío. A los 14 años era completamente analfabeto, criado en el monte como un corzo. Entonces decidí que eso no podía continuar así, me compré un cuaderno y un libro y comencé a estudiar por mi cuenta para aprender a leer y escribir. También fui a la escuela nocturna»*. Y no sólo aprendió a leer, escribir y a hacer cuentas, sino que demostró un espíritu emprendedor, comprando tierras en Valdepeñas y más tarde, cuando puso un negocio en Madrid, él solo llevaba las cuentas y trataba directamente con Hacienda, sin necesidad de gestor. Un caso de superación personal admirable.

Patrocinio acabó de jefe de obra en Kuwait, en el remoto y conflictivo golfo Pérsico durante la guerra entre Irán e Irak, fue jefe de obra y con obreros pakistaníes a su cargo construyó edificios de todo tipo en el país de los jeques y los petrodólares.

Otros incluso emigraron, se establecieron en el extranjero y se tuvieron que adaptar a vidas y lenguas diferentes, saliendo airosos de tal desafío.

No creo que ni las anteriores generaciones, que siempre vivieron en esta dureza pero sin cambiar, ni las siguientes, que conocieron cambios permanentes, pero dentro de un mundo moderno, sin haber conocido los usos y maneras de ganarse de vida de las anteriores generaciones, hayan vivido y conocido plenamente un cambio tan grande. Cosa que sí experimentó esta generación de antes y después de la guerra: fue la última generación que conoció un modo de vida antiguo que ya estaba desfasado y no podía durar. Los tiempos habían cambiado de tal modo que hasta nuestros remotos pueblos se vieron afectados de lleno; en definitiva era imposible la existencia del hombre en la Luna y el trillo, de la televisión y el automóvil con la hoz y la zozqueta, e incluso del tocadiscos y la música rock con los Mayos.

Valgan estas líneas escritas aquí para reconocer el esfuerzo de estos hombres y mujeres, autores del llamado milagro económico español, del cual nos beneficiamos ahora, al menos para no sufrir un modo de vida tan duro, aunque otros problemas han llegado.

Aún estamos a tiempo de oír las historias de esta generación, que fue la última que conoció un modo de vida que hoy ha desaparecido completamente; con ellos desaparecerán los últimos pastores trashumantes, los últimos hacheros, los últimos gancheros, arrastradores, segadores y trilladores. Ellos vieron esa época que terminaba y se incorporaba a una nueva, construyeron el mundo en el cual nos movemos ahora nosotros y que continúa cambiando a velocidad de vértigo, con nosotros o sin nosotros pero sin detenerse. Porque la historia siempre está en movimiento.